

AREA

AGENDA DE REFLEXIÓN EN ARQUITECTURA, DISEÑO Y URBANISMO
agenda of reflection on architecture, design and urbanism

número 6
agosto 1998 [1999]

Universidad de Buenos Aires
Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo
Secretaría de Investigaciones en Ciencia y Técnica

CONTENIDOS/CONTENTS

1. **Editorial**
- Carlos Alberto Abaleron*
3. **Calidad de vida como categoría epistemológica**
- Jorge Lombardi, Carlos Cremaschi y Luciana Marsili*
17. **Las migraciones internas y los asentamientos poblacionales. Caso de estudio: Cuba**
- Iván Burgos*
25. **Hacia la normalización de los datos de los diferentes organismos de los servicios de infraestructura de la ciudad**
- Juan Carlos Pérgolis*
33. **Lenguaje urbano y lenguaje arquitectónico en las ciudades latinoamericanas**
- Carlos Alberto Viarenghi*
39. **Leyes armónicas y arquitectura**
- Alejandro H. Aldasoro*
49. **El perfil del arquitecto en el proceso de inserción profesional**
57. **información para los autores**

Los contenidos de AREA aparecen en:
The contents of AREA are covered in:
Architectural Publications Index
LatBook, Internet <http://www.latbook.com>

AREA

AGENDA DE REFLEXIÓN EN ARQUITECTURA, DISEÑO Y URBANISMO
agenda of reflection on architecture, design and urbanism

número 6, agosto 1998 [1999]

CALIDAD DE VIDA COMO CATEGORÍA EPISTEMOLÓGICA

Carlos Alberto Abaleron

Programa de Calidad de Vida, Fundación Bariloche

Dirección: Casilla de Correo 138

8400 San Carlos de Bariloche, Argentina

Tel/fax (54-2944) 42-2050

E-mail: rqbale@criba.edu.ar

intersubjetividad
intersubjectivity

accesibilidad
accessibility

bienes y servicios
goods and services

imagen
image

territorio
territory

percepción
perception

satisfacción
satisfaction

La falta de consenso sobre el término "calidad de vida" refuerza la posición de que el concepto depende de la imagen del mundo que individuos y grupos tengan de la vida en una sociedad espacial, temporal, cultural y políticamente determinada. En estas páginas se trata de: a) construir una definición que contenga tanto lo objetivo como lo subjetivo del concepto; b) justificar el enfoque de la calidad de vida adoptado —en base a posturas teóricas desarrolladas por Kenneth Boulding— como una función del conocimiento de la sociedad donde éste se aplica, así como del que tienen los individuos y grupos involucrados; c) interpretar cómo es el proceso de conformación y transformación de ese conocimiento o imagen; d) introducirnos en el territorio, campo específico de la geografía y el urbanismo; e) mencionar algunos ejemplos de estudios concretos realizados por el autor y ciertas interpretaciones de lo observado en ellos.

Quality of life as an epistemological category

The lack of consensus about the meaning of "quality of life" gives support to the idea that the concept depends on the image of the world that individuals or groups hold within a society precisely located in space, time, culture and political milieu. The aim of this article is to: a) build-up a definition which includes both objective and subjective dimensions of the concept; b) justify the view of quality of life —based on thoughts developed by Kenneth Boulding— as a function of knowledge of the society where it is applied and, furthermore, of individuals and groups involved; c) understand how the process of making and evolving this knowledge arises; d) introduce the concept of territory, the specific field of geography and urban planning; e) show examples of research carried out by the author, as well as some conclusions about what has been observed.

Hacia la construcción del concepto de calidad de vida

El término "calidad de vida" recibe y ha recibido tal atención por parte de los medios masivos de comunicación, de los políticos y en congresos científicos de muy diversa índole, que es dable pensar que se ha logrado finalmente la adopción casi universal de una misma definición gracias a que la ciencia ha podido imponer

un criterio objetivo del concepto. Nada más alejado de la realidad: todavía hoy no existe una general y aceptada definición del término, con lo cual la indagación de su popularidad, posible de catalogar como “de moda”, debe necesariamente obedecer a otras razones, independientemente de las reflexiones teóricas que se vayan estableciendo en los ámbitos académicos.

Autores como Atteslander (1982), con quien coincidimos, ven que ese auge masivo del término tiene mucho que ver con una demanda política y posiblemente ética. La demanda es política en términos restringidos porque se relaciona con la distribución de recursos escasos, y es política en términos amplios porque involucra a los fines de una sociedad dada. Y esa demanda es ética porque al incluir los fines está definiendo un marco axiológico, de valores y procedimientos, que dice lo que es bueno o malo, justo o injusto, mejor o peor para esa misma sociedad y para los grupos que la conforman.

Por lo tanto, al hablarse de calidad de vida debe tenerse en cuenta —en una primera aproximación— que se trata de un proceso evaluativo que no solamente es realizado en aras de *objetivamente* juzgar críticamente lo bueno y lo malo, lo justo e injusto, lo mejor y lo peor de la vida —función de técnicos y tomadores de decisiones— sino también *subjetivamente* por el resto de los grupos e individuos, estén o no representados por aquellos.

De esa manera, una *vida mejor* puede significar —también en los aspectos concretos de asignaciones, distribuciones y localizaciones de bienes tangibles y mediatizadores de otros intangibles, es decir en acciones políticas, económicas y espaciales— un intersubjetivismo determinado. Sin embargo, la percepción de esa *buena vida* no necesariamente es la misma aun dentro de sociedades aparentemente homogéneas, y con ello marcamos —como segunda aproximación— la particularidad del concepto, tanto desde el punto de vista cultural como del temporal y geográfico.

Esa complejidad hace imprescindible que se necesite una teoría, un marco conceptual, un establecimiento previo de las reglas del juego

que se intenta jugar si queremos hacer afirmaciones y lograr generar conocimiento —desde la óptica de las ciencias sociales, en general, y de las disciplinas espaciales, en particular— sobre la calidad de vida.

Una revisión a los ejemplares del *Social Indicators Research* de comienzos de la década del ochenta, una de las principales publicaciones que recoge el estado del arte en la materia,¹ nos permite afirmar que los extremos de esas definiciones acerca del término que llama nuestra atención, se mueven desde quienes adhieren a una visión cuantificable, medible, objetiva, hasta aquellos que defienden una postura cualitativa, no mensurable, subjetiva.

Los autores adscriptos al primer grupo (por ejemplo, Morris 1979, entre otros), muy especialmente en el campo geográfico, buscan en el ambiente externo a las personas toda una gama de bienes y servicios que, potencialmente, deben estar a disposición de esos individuos para satisfacer necesidades tanto materiales como inmateriales. Una vez determinado por aquellos que toman las decisiones el qué, el dónde, el cuánto, el cuándo, el cómo y el quiénes, se lograría objetivamente localizar en el tiempo y en el espacio todo lo que posibilita —y condiciona— el grado de excelencia de la vida, esto es, de lo que se considera la calidad objetiva de vida.

En cambio, el segundo grupo de académicos (ejemplificado por Rettig y Bubolz 1983) enfatiza el ambiente interno de las personas, su visión del mundo, sus creencias, sus valores, sus aspiraciones y deseos, para culminar en aspectos exclusivamente perceptivos de contento o descontento, de felicidad o infelicidad, de satisfacción o insatisfacción, de dolor o placer

1. A partir de los noventa tomó impulso un enfoque restringido del campo de aplicación de calidad de vida, más específicamente relacionado con la salud. Si bien quiero enfatizar que las consecuencias últimas del grado de excelencia de la vida se inscriben en la salud, tanto física como psíquica, considero que todavía no se ha agotado —ni remotamente— la generación de conocimientos en los términos que se postulan en este estudio. Por ello la justificación de esta publicación.

ante diferentes dimensiones de la vida, en general, y de aquellos bienes y servicios localizados en el espacio geográfico, en particular.

El enfoque básico que intenta desarrollar este artículo es que no existiría el mundo objetivo, externo (por ejemplo ese de los bienes y servicios a disposición o no de usuarios potenciales), si no hubiera un sujeto que objetivase desde su interioridad. A la inversa, no podría subjetivizar alguien sobre un mundo exterior inexistente, con lo cual ambas posturas, en sus divergencias y convergencias, deben ser incluidas en una definición de calidad de vida.

Es por ello que el marco conceptual para tal simbiosis debe contener tanto lo cuantitativo como lo cualitativo, lo objetivo como lo subjetivo, el espacio natural como el construido (individual y social), lo posibilitante como lo limitante, dentro de la imagen de la vida que comparten personas, grupos y la sociedad toda.

La calidad de vida como función del conocimiento

Los determinantes del pensar y el obrar —entendido éste como acción con sentido ético— en la vida de personas y grupos tienen tanto que ver con el conocimiento adquirido formalmente como con las experiencias pasadas,

creencias religiosas y posturas ideológicas conformantes de una imagen del mundo al estilo de Boulding (1956) o aproximada a la posición de Redfield (1955) sobre la visión del mundo. Este último autor enfatiza tanto los aspectos cognitivos de las ideas, las creencias y actitudes, como los aspectos axiológicos, los aspectos afectivos, los modos de pensar y la cultura misma. Esa imagen o visión contextualiza la vida de individuos y grupos, le da significado a la existencia y sentido al comportamiento en el mundo.

El campo de conocimientos o de imágenes interrelacionadas que el individuo o los grupos de individuos cubren en el espacio vital —que consiste en el individuo o grupos de individuos y el ambiente que los rodea como existe para ellos, según Lewin (1951)— es extremadamente complejo. Para facilitar su entendimiento, y como mero artilugio intelectual, se necesita desagregarlo en sus imágenes componentes (ver Figura 1). De esa manera, es posible adecuar algunas categorías del mencionado Boulding (1956) al conocimiento de la vida de individuos y grupos, existiendo una imagen total constituida por imágenes parciales de lo: a) espacial, b) temporal, c) causal, d) esencial, e) interpersonal, f) axiológico, g) emocional, h) intrapersonal, i) certero y específico, j) convergente, k) público o privado.

Esta multidimensionalidad de lo que constituye el conocimiento que tienen los individuos, grupos y la sociedad sobre la vida, explica

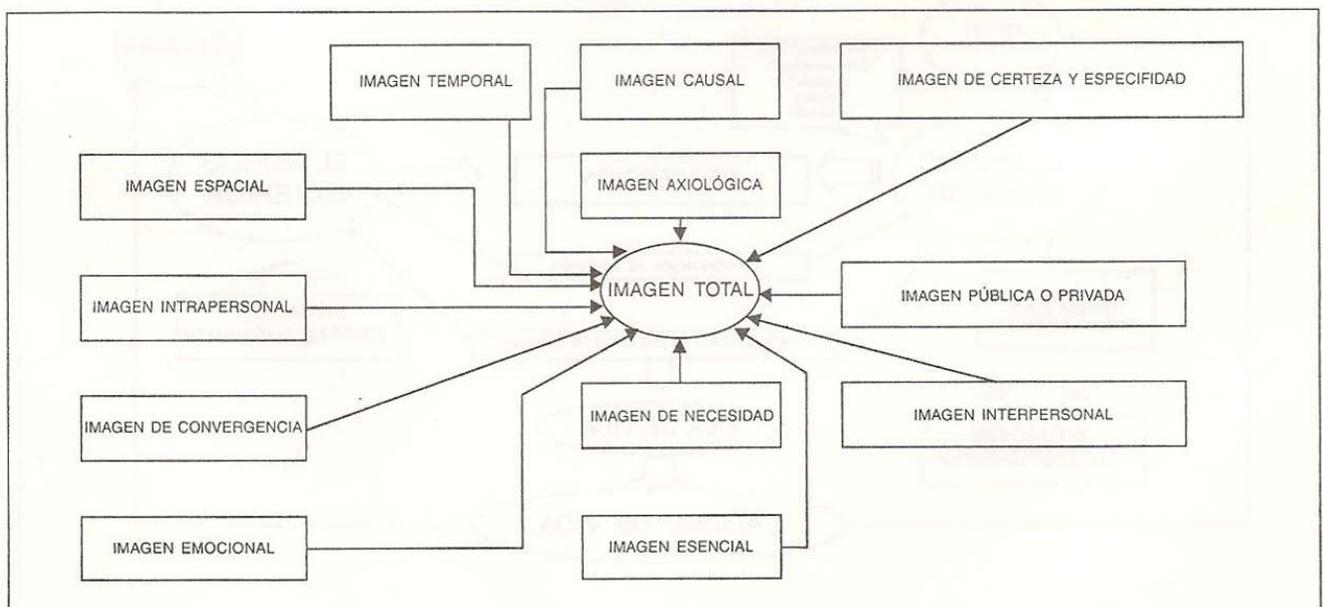


Figura 1: Composición de la imagen total.

en parte el por qué es imposible converger hacia una sola imagen que incluya un único sistema de valores. Si esto fuera así, hoy al hablarse de calidad de vida se estaría definiendo unívocamente un término universalmente aceptado y valorado similarmente por todos, con indicadores midiendo lo que se quiere medir y las personas y grupos percibiendo casi idénticamente aquellas facetas que satisfacen o no las necesidades, deseos y aspiraciones —así como los medios para lograrlo— de la vida. Las ciencias sociales habrían logrado al fin huir de tendencias y probabilidades, adquiriendo un mayor reconocimiento y status científico por parte de nuestros pares de las disciplinas más duras. Pero esto, como ya se ha mencionado, no es así.

El proceso de conformación de imágenes

En un trabajo anterior (Abaleron 1987), basado en desarrollos de José A. Estefan, se describía el proceso por el cual en los individuos y en los grupos se va generando, modificando y sustancialmente transformando la imagen total o parcial de la vida en los diferentes campos de conocimiento (ver Figura 2).

Para satisfacer sus necesidades, aspiraciones y deseos la persona requiere efectuar acciones —incluyendo a las reflexivas— donde interactúan factores que se encuentran en el interior de la misma (sistema de valores, las necesidades y los tres niveles de consciencia o las imágenes de lo axiológico, necesario e intrapersonal, respectivamente) y factores que se encuentran en el exterior (otras personas, grupos diversos, la sociedad toda, el espacio cultural, el espacio natural y el intrincado complejo de relaciones entre todos ellos).

El primer conjunto de factores —lo interno al individuo— predispone, y el segundo —lo externo al mismo— desencadena la actividad, la cual, debemos enfatizar, también incluye el pensamiento dirigido hacia un hecho o situación que la ha motivado.

Los aspectos desencadenantes entran en relación con la persona mediante objetos y situaciones, que no son otra cosa que mensajes recibidos a través de los sentidos, los cuales son filtrados por el altamente aprendido proceso de interpretación, aceptación o rechazo que se llama sistema de valores o axiológico.

Cuando los mensajes adquieren significado es entonces que la imagen o conocimiento cambia. La imagen o estructura cognitiva de cualquier individuo o grupo, identificada más arriba como imagen axiológica, consiste no solamente

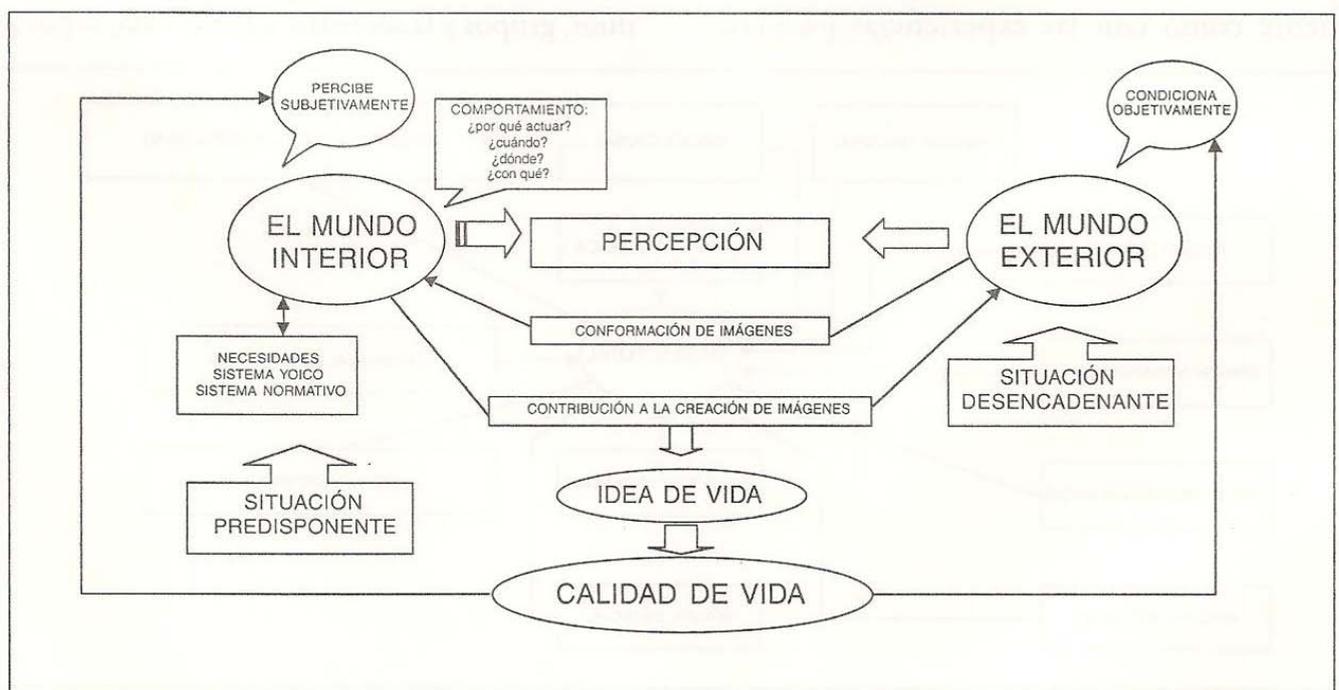


Figura 2: La conformación de imágenes.

de imágenes de hechos o situaciones, sino también de valores. Por cierto, hay diferencias marcadas entre un hecho o situación y la valoración que se hace de él.

En el enfoque de calidad de vida que postulamos, y siguiendo nuevamente a Boulding (1956), se especifica que las escalas de valores de cualquier individuo u organización son quizás los elementos simples más importantes que determinan el efecto de los mensajes que percibe sobre su imagen de la vida.

Hay sistemas de valores más o menos permanentes que se mantienen a lo largo de la vida de individuos y grupos y que obedecen a arraigadas pautas religioso-culturales que establecen sus propios mecanismos defensivos ignorando explícitamente mensajes que podrían hacer cambiar la imagen total —en el límite— o algunas imágenes parciales de la vida, así como —fundamentalmente— la imagen axiológica prevalente hasta ese momento. Cabe agregar que parte de la imagen de la vida es la creencia de que esa imagen es compartida por otras personas como nosotros quienes también son parte de ella. A ello se le suma que un grupo de individuos no solamente comparte mensajes que vienen desde afuera: ellos mismos son emisores de mensajes hacia el mundo exterior.

En ese compartir de representaciones y experiencias, se produce un universo de discursos. Este intersubjetivismo, fundamentalmente en el mundo de los valores, es el que crea consenso y aceptación de hechos, situaciones, objetos y relaciones entre objetos —y su valoración— que adquieren así un status público. De esta manera es como las personas y grupos configuran la imagen de lo que la vida es para ellos, el conocimiento de la misma que se acumula, mantiene, modifica y cambia en la sociedad de la cual forman parte. Influye —si el individuo tiene poder— en el grupo, o el grupo sobre otros y el cuerpo social, conformando conocimientos, proponiendo escalas de valores o —en la gran mayoría de los casos— es la misma sociedad (que ha seguido un proceso similar) la que estructura gran parte de la imagen de la vida de personas y subgrupos.

En una primera definición, en un nivel de abstracción superior, y hecho este somero encuadre teórico, *entendemos a la calidad de vida como el grado de excelencia de la misma (total o parcial de acuerdo a diversas dimensiones) tanto desde el punto de vista intersubjetivo dominante en una sociedad dada como del subjetivo de individuos y grupos involucrados, en un tiempo determinado y en un espacio geográfico preciso.* Esta última característica es determinante en el quehacer profesional de aquellos pertenecientes a disciplinas espaciales, como los arquitectos, urbanistas y geógrafos, que necesitan localizar actividades en el suelo.

Hacia la calidad de vida en el territorio

La actividad humana imprescindible para la satisfacción de sus necesidades —e inclusive para desencadenar el proceso hacia el logro cierto o no de deseos y aspiraciones— transforma los recursos naturales existentes o reasigna bienes con valor agregado, localizando sobre el suelo aquellos medios que coadyuvan al comportamiento de las personas. Es sobre el suelo donde confluyen y se materializan las acciones provocadas por las distintas dimensiones de la vida. Y es allí, en el suelo devenido en territorio, donde se brindan —y son percibidos o no por las personas— los condicionantes que posibilitan o limitan un cierto grado de excelencia de vida.

Esos condicionantes, en particular aquellos que posibilitan el comportamiento humano en cuanto satisfacen necesidades, se llaman *satisfactores*, los cuales adquieren un carácter objetivo al ser aceptados mayoritariamente como objetos reales con un rol específico o como *imagen compartida socialmente* por el hombre común. Dentro de esa categoría se pueden citar al *equipamiento comunitario* (la escuela, el hospital, el centro de compras diarias, etc.) y a la *infraestructura de servicios* (el agua potable, la red de gas, los desagües cloacales, la red de energía eléctrica, el alumbrado público,

los caminos, el sistema de recolección de residuos sólidos, etc.), ambos integrantes del concepto amplio de vivienda (no meramente un techo): están allí en el mundo exterior a las personas, ocupan un lugar en el territorio, y hay consenso de que existen, al menos teóricamente, para implementar la oferta de ciertos servicios esenciales que una sociedad dada demanda.

Sin embargo, la *accesibilidad* a esos servicios, ya sea por la distancia física a ellos, por el egreso monetario que implica poder utilizarlos o por el conocimiento necesario sobre su existencia y uso, principalmente, no son iguales para todos, creándose en consecuencia verdaderos *campos de desigualdades* en las dimensiones correspondientes (Abaleron 1987).

La necesidad de conocer el cómo perciben las personas esos satisfactores, o la percepción sentida de la ausencia de los mismos, es de fundamental importancia en la concepción de la calidad de vida que se intenta construir en el presente estudio: no basta con proveer a la sociedad con suficientes satisfactores —en cantidad y calidad— sino que las personas los deben percibir así, legítimamente. Y este panorama de ausencia de percepción de satisfactores objetivamente presentes se agrava cuando faltan satisfactores y ello es sentido —ya sea porque los ingresos son insuficientes para acceder a los mismos o porque no están próximos espacialmente— por amplios segmentos de la sociedad.

El doble problema concreto de la falta de percepción de satisfactores presentes, o de la percepción sentida de satisfactores ausentes, deviene de la participación desigual, por parte de diferentes grupos sociales, del conocimiento, de imágenes, que es simplemente la base de sustentación política, el poder. Un poder que si fuera simétrico para todos los estratos sociales, permitiría la provisión de imágenes para percibir lo objetivamente presente, así como facilitaría la disponibilidad de satisfactores objetivos (crónicamente ausentes) para grupos numéricamente importantes de la sociedad.

Claro está, una distribución igualitaria de información de por sí no asegura la participa-

ción real en el proceso. Debe ser además equitativa, con fundamentos morales (concretada a partir de una imagen axiológica) que determinen que no se manipula a la sociedad o a parte de ella moldeando su mundo en virtud de intereses creados que beneficien a un grupo excluyendo a otros. Eso significa —al menos por hoy una visión casi utópica— una continua producción y distribución, por parte de todo grupo y sociedad, del conjunto de satisfactores materiales e intangibles que conducen a grados superiores de calidad de vida. Por ello, en el territorio no solamente se debe tender —dentro de diversos límites físicos y de escalas— a una *accesibilidad espacial* tan homogénea como sea posible a satisfactores, a una igualmente homogénea *accesibilidad económica* a los mismos, y a un igualitario acceso a las decisiones políticas, sino que además, y fundamentalmente, se dirija a una *accesibilidad epistemológica* sobre la existencia, empleo, finalidad y participación en la creación y gestión de aquellos, base misma de la equidad territorial y de un grado de excelencia de vida mayor.

Es así que, en los términos aceptados en este estudio, *la calidad de vida en el territorio es el grado de excelencia que una sociedad dada, precisamente localizada en un tiempo y en un espacio geográfico, ofrece en la provisión de bienes y servicios destinados a satisfacer cierta gama de necesidades humanas para todos sus miembros, y el consiguiente nivel de contento o descontento individual y grupal según la percepción que se tenga de esa oferta, accesibilidad y uso, por parte de la población involucrada.*

Algunas interpretaciones de estudios concretos

Las investigaciones aplicadas que he realizado arrojan interesantes interpretaciones acerca de lo observado, fundamentalmente en la vinculación entre los condicionantes objetivos y las percepciones subjetivas que se efectúan de aquellos. En los últimos años, los estudios se

centraron sobre los condicionantes objetivos exclusivamente, por necesidades de comparación de calidad de vida (CdV) entre períodos y entre unidades geográficas de tamaño considerable que, dado el dinamismo inherente a las percepciones subjetivas, hacían virtualmente imposible incorporarlos a los análisis. Las políticas más recientes de focalización sobre los pobres estructurales hace, por un lado, más factible esa postergada incorporación, a la vez que abre interesantes interrogantes acerca de la validez actual de utilizar solamente indicadores de necesidades básicas insatisfechas (NBI), que miden la pobreza estructural, cuando el panorama es más complejo y heterogéneo. Es por eso que volver a lo subjetivo podría otorgar fuerza a la urgencia de aplicar otros indicadores de pobreza (ingresos, ocupación laboral, categoría ocupacional, nivel de educación, entre otros) dirigidos a otorgar un renovado impulso a los estudios de CdV en ámbitos geográficos más pequeños.

En los párrafos siguientes se intenta ofrecer un somero resumen de parte de los resultados de algunos de los trabajos realizados.

1) El primer estudio llevado a cabo dentro de este enfoque de calidad de vida (Abaleron 1987), estaba basado en el proyecto de investigación exploratorio titulado “El equipamiento comunitario y la infraestructura de servicios como indicadores de la calidad de vida en ciertas aglomeraciones urbanas de la provincia de Santa Fe” (CONICET), teniendo como unidad de análisis a una muestra de hogares pertenecientes a áreas centrales y diversos tipos de barrios de Rosario, Venado Tuerto, Firmat y Armstrong. Las principales conclusiones eran que:

a) El nivel de asociación entre el equipamiento comunitario (EC) (educación, sanidad, comercio, trabajo, recreación, comunicación, seguridad, institucional-administrativo, culto y financiación) y la infraestructura de servicios (IS) (agua potable, desagües cloacales, energía eléctrica, gas, alumbrado público, desagües pluviales, transporte público, teléfonos, vías de circulación vehicular, veredas y recolección de

residuos), por un lado, y ciertas variables perceptuales de satisfacción (con los servicios de salud y educación, con el trabajo, con la integración a la comunidad, con la localización), de aspiraciones (tanto con el EC como con la IS), así como de expectativas en relación a ciertas metas sociales (participación comunitaria, educación, seguridad y estabilidad, mayor tiempo en familia y salud y bienestar), por el otro, era nulo o débil en la mayoría de los casos, y con valores medios de correlación en los menos. Donde la IS era distribuida homogéneamente o alcanzaba calidades superiores en términos relativos intraurbanos (en las áreas centrales), no existía asociación. Cuando la distribución era heterogénea y con niveles comparativos de calidad inferiores (en los barrios, por ejemplo), comenzaban a visualizarse asociaciones entre ciertas variables tanto de la IS como del EC. Cuando la concentración y calidad del EC era máxima para todos los habitantes por igual (el caso del área central de Rosario), o media distribuida casi homogéneamente, pero alejada en términos comparativos del área central, o mínima distribuida homogéneamente en general, no se apreciaban asociaciones entre las variables. Por el contrario, comenzaban a verificarse vinculaciones entre ciertas variables objetivas y subjetivas cuando la distribución territorial del EC era heterogénea, independientemente del nivel de concentración y de su calidad. Todo esto nos habla de la existencia de un *factor comparativo en espacios geográficos acotados*, tanto desde el punto de vista objetivo como del subjetivo.

b) Eran más importantes, cuanti y cualitativamente, las asociaciones que vinculaban a ciertas variables intervinientes (género, edad, forma de tenencia de la vivienda, tiempo de residencia, posibilidad de costear la educación de los hijos) con las variables perceptuales de CdV, que las esporádicas y parciales relaciones que sostenían con la IS y el EC, independientemente del tipo de unidad territorial de análisis. La variable interviniente que —estructurando un sistema o simplemente aislada— adquiría preeminencia, era el nivel de ingresos reales (NIR) (índice conformado por los ingresos familiares, el nivel

de educación del jefe del hogar, y por la ocupación del mismo). Ya sea asociada a la posibilidad de costear la educación de los hijos, a la edad, al género, a la forma de tenencia de la vivienda, o al tiempo de residencia, su rol convalidaba ciertas posiciones previas: que la capacidad de control de todo tipo de recursos —sobre todo los originados en la captación y procesamiento de información que deriva en conocimiento— modifica o acentúa las relaciones entre el mundo que es, y el mundo que se percibe. El sistema interviniente conjugado alrededor del NIR daba lugar a un *factor de expansión del horizonte vital* cuando aquél aumentaba, surgiendo necesidades y deseos antes inexistentes que, al no satisfacerse, conducían a un estado de frustración y descontento en ciertas dimensiones de CdV como ser la *educación*, la *salud*, o el *trabajo*. Esto se atenuaba cuando la escala territorial disminuía, promoviéndose cierta convergencia entre el mundo real y el percibido. Esta convergencia era mayor cuando personas con NIR medio o más, provenientes de áreas con servicios de mayor calidad, se localizaban en unidades territoriales inferiores en ese aspecto: el *factor de experiencia*, que incrementaba aún más la capacidad real de comando de recursos, devenía en necesidades y deseos coherentes con los condicionantes objetivos. Esto también se producía en unidades territoriales con bajos niveles de EC e IS, cuando personas con NIR medio-bajo o bajo, evidenciaban un *factor de acomodamiento* a situaciones existentes, estabilizando necesidades y deseos que al no modificarse e incrementarse, no se frustraban y no producían insatisfacción. Pero, cuando se incrementaba el *tiempo de residencia* o la *tenencia de la vivienda*, mientras que cuanti y cualitativamente el EC y la IS permanecían constantes, el *acomodamiento* era reemplazado por la *expansión del horizonte vital*, que se aceleraba e incrementaba en situaciones por debajo del umbral mínimo para la vida urbana, o se hacía más lento cuando los habitantes de NIR bajo eran originarios de áreas rurales deprimidas.

c) El factor de real importancia en la interpretación apretadamente desarrollada en los pá-

rrafos anteriores es el *comparativo*. No es mayormente la percepción de la existencia, calidad y utilización del equipamiento e infraestructura lo que pesa. Es la percepción de las diferencias de distribución territorial que surgen al comparar la situación propia con la de los demás, fundamentalmente aquella de los vecinos del área a la que se pertenece, lo que inclina la balanza. Esa percepción comparativa alimenta el mecanismo de necesidades, deseos, satisfacciones y frustraciones.

2) En el invierno de 1989, en plena hiperinflación en la Argentina, se tuvo oportunidad de disponer de fuentes de datos primarios para el proyecto “Calidad de vida de la población marginal de San Carlos de Bariloche: Problemas, efectos y complejos causales”, aplicando un enfoque sociológico susceptible de ser generalizado al universo de donde se obtuvo la muestra. A diferencia del estudio anterior, se trataba de barrios con características heterogéneas de marginalidad socioespacial de una ciudad con especiales características.

Existirían aparentes divergencias entre algunas dimensiones consideradas problemas y las relativamente bajas señales de insatisfacción, por ejemplo en la vivienda. Aunque resalta un hecho interesante: el abrupto descenso de descontento cuando la vivienda no es la primera, factor muy vinculado al tiempo de residencia, aspecto que incide en las mejoras —incluso en el recambio— de la misma. El tipo de vivienda está asociado al tiempo de residencia en ella, al NIR del hogar y al hecho que sus habitantes sean o no propietarios del terreno. En efecto, resulta mucho más probable que la vivienda sea precaria cuando el NIR es bajo, cuando el terreno es alquilado, prestado o fiscal, o cuando el tiempo de residencia es escaso (menor a seis años).

Esto se aclara al ver la importancia en el orden de prioridades en dimensiones de la vida a cambiar expresados por los jefes de hogares entrevistados: otorgan el primer lugar a la vivienda, luego al trabajo y finalmente a los ingresos. En la vivienda se resumirían todos los conflictos del espacio vital, y la ocupación y el ingreso —que posibilitarían una vida más digna, incluyen-

do a la vivienda— estarían conformando factores causales inmediatos.

La participación en la Junta Vecinal, aunque escasa, denota también un alto grado de insatisfacción, que unido a un también alto nivel potencial de participación, promete ser una dimensión a trabajar para revertir las tendencias objetivas en otros aspectos de la vida.

3) Simultáneamente con el proyecto anterior, se comenzó a realizar el estudio “Clima, vivienda y calidad de vida de la población de escasos recursos de San Carlos de Bariloche”, que también fue publicado (Abaleron, Acevedo y Paronzini 1996), que favorecía un estudio exploratorio de tipo antropológico, complementario, pero tan importante como aquél.

Decíamos que el efecto final del grado de excelencia de vida de las personas se visualiza concretamente en la salud de las mismas, entendida ésta como el completo bienestar físico y mental. Cuando una vivienda no facilita el comportamiento humano y no cumple el rol de filtro ante el clima, está condicionando negativamente esa salud. A pesar de ello, los resultados arrojaban que:

a) Se detectaban problemas serios entre la organización espacial de las viviendas analizadas y la forma de uso de las mismas, la estructura espacial existente y el ciclo de vida de los componentes del hogar. Ello se debía fundamentalmente al número insuficiente de ambientes diferenciados, a su tamaño reducido, a niveles altos de hacinamiento y a grandes falencias en cuanto al espacio y equipamiento sanitario.

b) Tampoco esas viviendas cumplían la función de protección climática, dado que no aislaban contra el frío y el viento debido a su precariedad, presentaban las condiciones ideales para una atmósfera interior contaminada debido al combustible y equipo usado, observaban inadecuado asoleamiento e iluminación, y no aislaban de la lluvia y de la nieve.

Estas condiciones posibilitaban consecuencias negativas sobre la salud mental y física, tanto individual como grupal del sector social analizado. Desde el punto de vista espacial, en algunos casos se habían efectuado mejoras

cuando los recursos lo han permitido y se planeaban hacer otros cuando esos recursos aparecieran o cuando la situación de dominio del terreno así lo facilitase (allí existe convergencia entre los condicionantes objetivos y la percepción de los mismos). En última instancia: a) Las mejoras realizadas constituyen una reacción positiva frente a insatisfacciones experimentadas en cuanto al espacio y al equipamiento. b) Los propósitos futuros explícitos de mejoramiento obedecen a percepciones actuales de insatisfacción que necesitan ser resueltas. c) La no intencionalidad de mejoras actuales y futuras de algunos casos está sostenida bien por la falta de percepción del conflicto o por la aceptación del estado de cosas basado en hechos concretos (carencia de recursos o irregularidad de tenencia de la tierra, entre otros factores). En este último caso se puede derivar —pasado un tiempo más o menos acotado— hacia un empeoramiento de la percepción subjetiva y un agravamiento de la situación objetiva. El primer caso —la carencia de percepción negativa— puede conducir a individuos y a grupos no prevenidos a situaciones extremas potenciadas por esa misma falta de imagen del problema.

Por otro lado, la percepción de lo climático y de sus efectos adquiere una connotación secundaria, superada por otras preocupaciones, hecho que agrava la situación objetiva. Resulta como más importante la localización de la vivienda (en los aspectos físico y sociales, el poseer agua, el tener mejores vecinos o un sitio más cerca de los servicios que una ciudad debe brindar a sus habitantes). Algunos percibían el problema climático como solucionado (son los que provienen de zonas climáticas más benignas), otros a solucionar dentro de sus posibilidades (igual que el anterior grupo), otros ni le daban importancia o demostraban resignación ante lo que sucedía (estos dos últimos grupos percibían mayor crudeza climática en sus lugares de origen, aunque reconociendo el clima frío de Bariloche). Ello daría lugar a la emergencia de un *factor de jerarquización* de problemas y factores, y a un *factor de acomodamiento* ya mencionado en el primer estudio.

Todo esto parece indicar que la zona de confort es mucho más amplia, subjetivamente hablando, que la establecida años atrás por la American Society of Heating, Refrigerating and Air-Conditioning Engineers (ASHRAE), y que otras variables —aparte de la temperatura del aire, la temperatura radiante promedio, la velocidad del aire, la humedad relativa ambiente, el nivel de actividad física y la aislación térmica de la vestimenta— estarían interviniendo como factores de peso.

Con ello hay una incorporación a las corrientes de crítica contra la validez universal de los modelos de confort térmico, al estilo de los trabajos de Howell y Kennedy (1979). De allí hay dos cuestiones a rescatar: a) que es muy posible para un individuo decir que el ambiente de su vivienda es frío y al mismo tiempo hallarlo perfectamente confortable (y con ello olvidarse de hacer o planear mejoras en tal sentido), y, estrechamente asociado con este último y sin descartar la probable presencia de *factores metabólicos*, b) que *aspectos culturales y cognitivos* establecen diferencias de sensibilidad frente a lo termal (relegando en unos o jerarquizando en otros la capacidad de reacción frente a las condiciones climáticas objetivas).

4) El último proyecto que voy a mencionar en esta breve incursión sobre estudios concretos se denominó “La evaluación pos construcción de viviendas municipales para sectores de escasos recursos de San Carlos de Bariloche” (PIA-CONICET). En él se aplicaba un método de triangulación entre el objeto de estudio, un enfoque sociológico y otro antropológico, los cuales tenían como finalidad hallar respuestas complementarias a grupos de cuestiones iguales. Un primer trabajo de campo se efectuó en el invierno de 1991, y el segundo y último en el verano de 1996. Se trataba de analizar —desde el punto de vista objetivo— si el denominado Barrio Argentino (32 viviendas aisladas en dos tiras sobre una manzana rectangular) cumplía su doble rol de facilitar el comportamiento de sus ocupantes y de filtro climático, a la vez que se registraban —desde el punto de vista subjetivo— diferentes percepciones de satisfacción o no respecto a la vivienda, al conjunto, al barrio que se había dejado atrás (el Seis Manzanas Mu-

nicipales), y a la acción municipal (incluyendo tanto la gestión como la construcción de las viviendas, etc.). Paralelamente se analizaban los condicionantes objetivos del Barrio Seis Manzanas Municipales, así como la posibilidad rechazada en su oportunidad de mudarse al Barrio Argentino. En 1996 se observaron los cambios objetivos en el Barrio Argentino, así como las nuevas percepciones que se tenían acerca de las mismas dimensiones de cinco años atrás.

En gran parte de los casos del Barrio Argentino se verificaba escasa o nula correspondencia entre la tipología funcional de la vivienda y el tipo de familia, superficies útiles por debajo de los mínimos establecidos, e insuficiente número de cuartos (por lo cual el 25 % de los hogares era NBI por hacinamiento). Poco más de la mitad tenían algún calefactor, y una de cada cuatro viviendas contaba con un termotanque (las viviendas habían sido entregadas sin ese equipamiento más de tres años atrás). A pesar de existir gas natural, solamente el 57 % de las viviendas estaban conectadas a la red. Eso provocaba una precaria calidad térmica ambiental, dado que el gasto en combustible capaz de mantener a la vivienda en la zona de confort era permitido solamente por el gas natural. Sin eso quedaba claro el por qué los dormitorios eran higiénicamente nocivos (sin calefacción, con humedad excesiva, altas condensaciones, sin rutinas de ventilación). A ello se agregaba la ocupación prematura de las viviendas, sin secado previo, así como la falta de aislamiento térmico en zonas críticas de la vivienda, y que los materiales superaban los valores máximos admisibles de transmitancia térmica, dando origen a nuevas fuentes de condensación y a los extremadamente altos porcentajes de humedad relativa. Un panorama, para parte importante del barrio, de condicionantes objetivos negativos.

Mientras tanto, no por ello, objetivamente se dejaba de observar que las condiciones tanto de espacio como de confort térmico eran peores en el antiguo barrio, así como más precaria la tenencia y propiedad de los terrenos.

En 1996 se verificaban en todas las viviendas del Barrio Argentino ampliaciones terminadas

o en ejecución (en 2/3 partes), y en el resto mejoras diversas (verjas, revoques, pinturas, conexión a la red de gas, equipamiento, etc.), subsistiendo sin embargo un significativo 20 % que aún sufre hacinamiento. Además, ha llegado al barrio el alumbrado público, persistiendo aún el tema de la carencia de desagües cloacales por red.

Es mucho más elevado el porcentaje de satisfacción en 1996 que en 1991, y la mayor preocupación parece ser el espacio necesario antes que la gran humedad que era el tema relevante años atrás. En ese sentido, aunque la humedad persiste en los espacios originales (aunque no con la misma intensidad), los nuevos espacios no la tienen. Por otro lado, aunque casi la totalidad está satisfecha con el barrio, el entorno, más del 26 %, se mudaría si mejorara su condición económica. Nadie que no tenga familia o una casa todavía allí, se mudaría al antiguo barrio.

Es de destacar —al menos en 1991— el peso considerable de algunos condicionantes objetivos negativos y sus efectos en las percepciones: el ejemplo de la excesiva y nociva humedad es paradigmático, ya que solamente al sobrepasarse un umbral mínimo que solamente los sectores de más bajos recursos son capaces de sufrir, se

llegó a tal exteriorización y movilización en contra de la Municipalidad (responsable en parte por la calidad técnica de lo ofrecido), a pesar de que el *factor de mantenimiento de hábitos anteriores* (por ejemplo, no ventilando) haya ayudado a crear las condiciones mencionadas. Este es un caso de convergencia entre la imagen real y la percibida, por un lado, y de divergencia en cuanto a la falta de conocimiento, de imagen, y del por qué objetivo de las cosas (cuestión que justificaría la ignorancia acerca de la necesidad de ventilar).

Los cambios de hábitos, las mejoras introducidas, el tiempo mayor de residencia en un contexto de mejoras generales, aunque heterogéneas, han impulsado una alta satisfacción, pero dejando en suspenso una posible mudanza si el *factor de comando de recursos* así lo permitiese.

En la Figura 3 se ha intentado sintetizar el proceso que debería seguirse en una dinámica evaluación de los condicionantes objetivos destinados a satisfacer determinadas necesidades de la vida, y la consiguiente percepción que de ellos tiene la población que los disfruta o los sufre. Si se verifica convergencia entre lo que se localiza y lo que se percibe, ésto puede ser o no satisfactorio. Si es lo primero todo va bien; si es lo se-

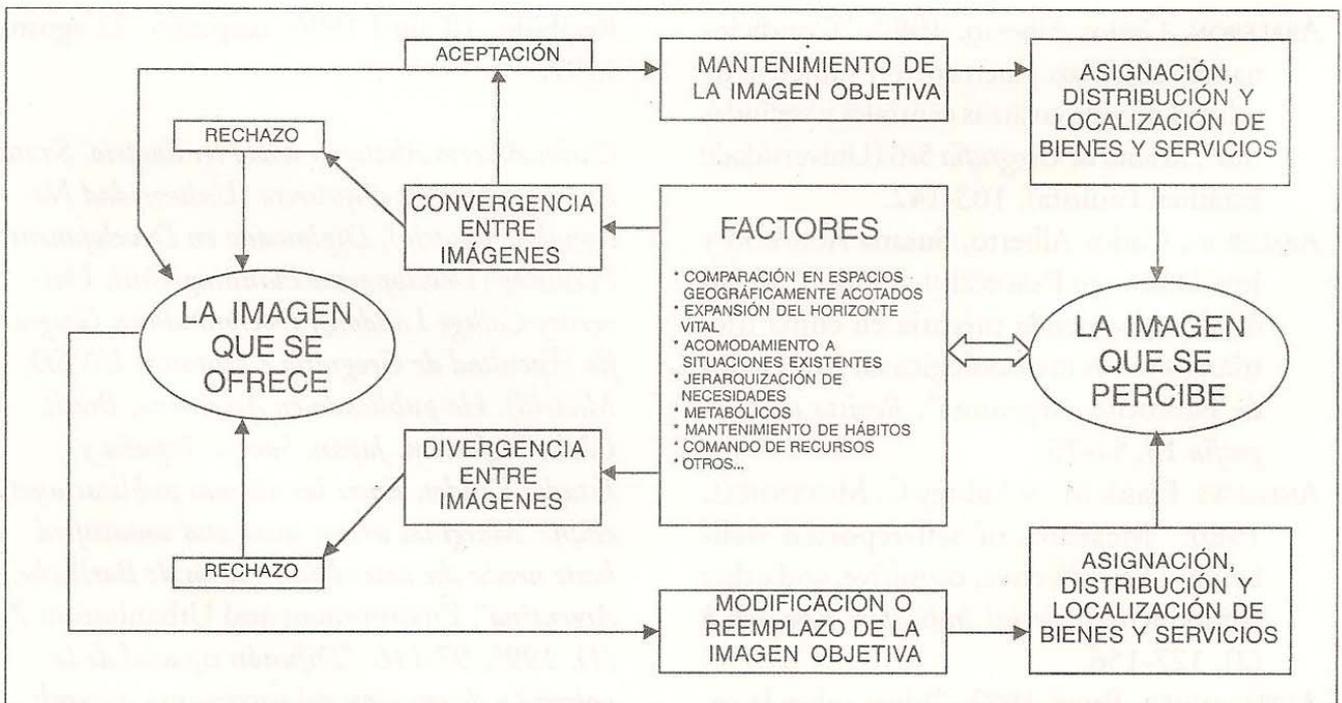


Figura 3: Proceso deseable de evaluación de algunos aspectos de la calidad de vida en el espacio geográfico.

gundo, es evidente que esos satisfactores no llegan a todos en la calidad y cantidad necesaria, siendo imprescindible solucionar la situación. Si, por el contrario, no existe convergencia, la asignación y localización de bienes y servicios puede ser buena, justa y mejor, pero no ser percibidas así por la población involucrada. En este caso, esa divergencia puede deberse a una falencia en el conocimiento acerca de la existencia, finalidad y uso de esos bienes y servicios. Eso podría revertirse con una difusión a todos y en todo lugar de imágenes, de ese conocimiento faltante. Y, por último, esa divergencia entre la imagen que es y la imagen percibida, puede deberse a políticas (o a ausencia de las mismas) asimétricas, excluyentes e injustas para gran parte de la población. Las alternativas para mejorar, en este caso específico, van más allá de lo técnico, van más allá de lo económico, van más allá de lo político: se insertan directamente en el mundo de los valores y de los principios, de la solidaridad y de la participación. Claro está, esto es válido y aceptable si la meta a la cual nos dirigimos como profesionales "éticamente no neutrales" es procurar *espacios geográficos posibilitantes* para todos hoy y para todos mañana.

Referencias

- ABALERON, Carlos Alberto. 1987. "Condiciones objetivas y percepción subjetiva de calidad de vida en áreas centrales y vecindarios", *Revista de Geografía* 5/6 (Universidade Estadual Paulista), 103-142.
- ABALERON, Carlos Alberto, Susana ACEVEDO y José Domingo PARONZINI. 1996. "Calidad de vida y vivienda precaria en clima frío: triangulación metodológica en San Carlos de Bariloche, Argentina", *Revista de Geografía* 13, 51-75.
- ANDREWS, Frank M., y Aubrey C. MCKENNEL. 1980. "Measures of self-reported well-being: Their affective, cognitive, and other components", *Social Indicators Research* 8 (2), 127-156.
- ATTESLANDER, Peter. 1982. "Ideas sobre la calidad de vida en cuanto función de estructuras sociales y transformación social", *Universitas* 20 (2), 155-160.
- BOULDING, Kenneth E. 1956. *The image. Knowledge in life and society*, ed. 1982 (Ann Arbor: The University of Michigan Press).
- HOWELL, W. C., y P. A. KENNEDY. 1979. "Field validation of the Fanger thermal comfort model", *Human Factors* 21, 229-239.
- MORRIS, Morris David. 1979. *Measuring the condition of the world's poor. The physical quality of life index* (Nueva York: Pergamon Policies Studies).
- LEWIN, Kurt. 1951. *Field theory in social science*, ed. 1967 (Londres: Social Science Paperbacks-Tavistock Publications).
- REDFIELD, Robert. 1955. *The little community: viewpoints for the study of the human whole* (Chicago: The University of Chicago Press).
- RETTIG, Kathryn D., y Margaret M. BUBOLZ. 1983. "Perceptual indicators of family well-being", *Social Indicators Research* 12 (4), 417-438.
- Recibido: 10 abril 1996; aceptado: 22 agosto 1997.
- Carlos Alberto Abaleron nació en Rosario, Santa Fe, Argentina. Es arquitecto (Universidad Nacional de Rosario), Diplomado en Development Planning (Development Planning Unit, University College London), Doctorando en Geografía (Facultad de Geografía e Historia, UNED, Madrid). Ha publicado en Argentina, Brasil, Chile, Inglaterra, Japón, Suecia, España y Estados Unidos. Entre las últimas publicaciones están: "Marginal urban space and unsatisfied basic needs: the case of San Carlos de Bariloche, Argentina", Environment and Urbanisation 7 (1), 1995, 97-116. "Difusión espacial de la pobreza y destrucción del patrimonio natural: las dos caras de una misma moneda", EURE 21*

(64), 1995, 61-74. "Desigualdades espaciales de la calidad de vida objetiva en el marco del ajuste estructural: el caso de la provincia de Río Negro. 1980-1991", *Iberoamericana* 18 (1), 1996, 1-24. En la actualidad es miembro del

CONICET y Director del Programa de Calidad de Vida de la Fundación Bariloche. Ha sido Coordinador de la Sección Argentina de la Red Iberoamericana de Investigadores en Globalización y Territorio.